

## Noche de domingo

Una noche de domingo, en un fin de semana de quincena, significa que los supermercados estarán rebosando de gente. Es una ocurrencia normal. Se ve a toda clase de personas caminando por aquí y por allá, tomando los productos necesarios y haciendo largas filas.

Las ruedas del carrito chirriaban al tiempo que Liliana y Víctor giraban y salían de los pasillos. Zigzagueando entre el mar de personas, la pareja se abrió paso poco a poco hasta llegar a la caja para pagar.

En la fila, se encontraba una pareja joven y humilde con un bebé recién nacido. El hombre estaba descargando una gran cantidad de cosas del carrito: ropa de bebé, leche en polvo, biberones, un portabebés, entre otros. La pequeña familia estaba aprovechando su reciente ingreso de sueldo. Liliana sonrió, recordando la ocasión en que ella y Víctor compraron las cosas para sus respectivos hijos; era costoso alimentar y cuidar a una nueva persona. El hombre que tenían delante también hizo una expresión reflexiva después de mirar con asombro todo lo que aquellas personas debían pagar.

Durante varios minutos escucharon pillar la caja registradora. La montaña de productos crecía y también lo hacía el número junto al signo de pesos en la pantalla. A juzgar por la mirada que pasó entre la joven pareja, tal número empezaba a preocuparles; pronto sería más de lo que su presupuesto les permitía.

Y así fue.

— Lo lamento, amigo. Pero le siguen faltando mil quinientos pesos — dijo el cajero.

— No... no tenemos ese dinero — el padre respondió, introduciendo las manos en sus bolsillos y frunciendo el ceño.

A Liliana se le estrujó el corazón. A diario veía y escuchaba sobre las condiciones de vida que tienen las personas de clase económica baja, pero nunca se había encontrado tan cerca de un caso así. Casi podía palpar la aflicción de la mujer, su nerviosismo y preocupación por ser incapaz de pagar todo lo que su hijo necesitaba.

Liliana tomó una decisión y bastó un vistazo rápido a Víctor para entender que él estaba de acuerdo, pues su rostro tenía la misma expresión compasiva. Sin embargo, justo

cuando Liliana se disponía a ofrecerse a pagar el resto de la mercancía, el hombre delante de ellos extendió su brazo y le dio una tarjeta de crédito al cajero.

— Yo pago lo que falta. Cárguelo a mi tarjeta.

Las reacciones de la familia fueron contrastantes: el muchacho, lleno de vergüenza, empezó a rechazar la oferta mientras que a la joven le brillaron los ojos, admiración y gratitud nadando en ellos.

— Insisto — replicó el hombre. Su sonrisa desprendía tal confianza que el muchacho terminó aceptando.

— Muchísimas gracias — la muchacha dijo, hablando por primera vez, y Liliana observó cómo unas cuantas lágrimas se acumulaban en sus ojos al tiempo que abrazaba al bebé con más fuerza. Parecía que no creía que existieran personas lo suficientemente bondadosas para hacer ese tipo de acciones, tal vez nunca se había topado con una, pero ese gentil hombre acababa de darle un poco más de esperanza a su vida.

No hay palabras para explicar lo que sintieron Liliana y Víctor. ¿Respeto? ¿Admiración? No saben describirlo. Lo que sí saben es que una noche de domingo, en un fin de semana de quincena, significa que los supermercados estarán rebotando de gente. Es una ocurrencia normal. Sin embargo, de vez en cuando, es posible encontrarse con individuos como aquel hombre, individuos que no temen dar un poco de lo que tienen para ayudar a alguien más. Es algo fuera de lo común, pero eso marca toda la diferencia.

Charlotte E. Durant